

BIENES, Yapci. *Acabamiento*. Madrid: Ediciones La Palma, 2018. 102 p. ISBN: 978-84-947641-9-6.

«Una inmersión en la utopía». Desde la dualidad conceptual del propio título, *Acabamiento*, ‘término, fin, muerte’, pero a la vez ‘plenitud, consumación, perfección’, Yapci Bienes nos zambulle en el fértil juego de contrarios de estirpe barroca que fundamenta una radical concepción de la existencia inseparable de la literatura. Sobre el negativo de ese contraste se nos va revelando, en cada verso tallado con mano de orfebre, el positivo a que quiere conducirnos este viaje que es *Acabamiento* hacia la «visión total / que sólo la ceguera / exacta hace posible».

En la línea de indagación filosófica y existencial muy del gusto de nuestro poeta en su potentísima obra, dotada de un rigor y una madurez admirables, el libro nos introduce de lleno en una lúcida reflexión acerca de inquietudes esenciales de la condición humana tales como el sentido de la vida, la confrontación con la muerte, con la conciencia de nuestra caducidad como estímulo para el encuentro del ser o la necesidad de preservar la sed como verdadero impulso regenerador y quizá única salvación posible.

Ya desde la cita inicial de Luis Feria, en la que nuestro autor nos invita a «hundirnos en el mar sin meditarlo en busca de su salvaje corazón sonante», nos sumergimos, arrastrados por su vigorosa palabra, en pos de un íntimo despojamiento que haga efectivo el cumplimiento del ser. El saber a que nos convoca Yapci en su cosmos poético proviene del abandono del yo, de ahí que proponga a la muerte un mutuo ahondamiento, pues como dice en el poema del mismo título, «en nadie me cumplo como en ella». O como asevera también en «Borde»: «En la aniquilación / más perfecta se engendra la flor íntegra / del palpito incesante [...] Al borde de mi nada no naufrago, / entro al conocimiento»; o en «Desnuda»: «El mar pule la piedra hasta

arrancarle / imágenes, de todo lo superfluo / la despoja [...] Solo / la desaparición, el estallido / último de la piedra, / establece la sed por la que dura / el mar, todo sonido».

Solo a partir de esa aniquilación propiciatoria podemos atisbar la plenitud, que parece localizarse a los ojos del poeta en un espacio previo al mundo de la mirada sedienta del niño, más atrás del territorio de la infancia. Ese ámbito de pureza original que asocia con lo materno, con lo amniótico y al que aspira a llegar, como he apuntado, a través de una inmersión liberadora en el espejo del mar o la muerte, es el que nos da la exacta medida de nuestra esencia. Así lo expresa en poemas tan hermosos como «Umbral»: «Ese niño / que se asoma a los charcos para ver / si son una ventana hacia el enigma / donde viven las madres, ese niño / no encuentra pero ama; siente el vívido / pálpito circundante, las semillas / abiertas como ojos que atraviesan / la sombra anterior. No teme, él conoce / los labios que lo buscan desde el agua».

De ese constante asomarse a las aguas del origen surgen preguntas que permiten ahondar en la conciencia de finitud y que, en ausencia de respuestas, hacen saltar el fogonazo de la iluminación. A la luz de esa revelación, el mundo sensorial cobra entonces una dimensión nueva, pues en la caleidoscópica multiplicidad de lo perecedero, en su apropiación a través de una sed engendradora de sed, es donde la existencia alcanza su verdadera plenitud: «No el ala, la ebriedad / del ala es lo sagrado. (...) Ala al borde / del descenso, que es poseer la altura» («Acabamiento»); «Siempre ávido, siempre: / no por ya sabedor lo sea menos. / La sed forja camino» («Siempre ávido»).

Y en esa avidez, en esa «avaricia pujante» de la materia enfrentada a su extinción, quiero ver, pese a la indudable proximidad temática de *Acabamiento* a la concepción quevediana de rebeldía frente a la mortalidad final del cuerpo, un optimismo que lo distancia en cierta medida del pesimismo angustiado o el desengaño existencial barrocos. Percibo más bien la fe radical de quien, consciente de su cáscara mortal, desea «borrarse con luz para alcanzar a ser». De quien desea, como lo evidencian las significativas referencias a la infancia en los poemas de *Acabamiento*, preservar la capacidad de deslumbramiento del niño en busca de ese «país inocente» del que hablaba Ungaretti. Incluso la mera búsqueda de ese lugar de luz, parece fundarlo, ser ya hallazgo en sí misma, tal como apunta en su poema «Aspiración»: «Otro espacio: / la sola aspiración a mundo nuevo». O en «Trillas que no son»: «Sólo en la claridad, / la espera del centeno es casi pan». El mismo otoño que despoja las viñas en el poema «Visitante» es un engaño, pues «la paciencia / exacta ha de vencerlo: vendrán frutos».

En este sentido, la absoluta vocación de ser del poeta se construye frente al paisaje, fundiéndose con él. Con el «Atlántico paterno» en que su pulso vive, con la isla que sostiene su ávida temporalidad o con los pinos, dragos y palmeras, los nísperos, naranjas y duraznos, conjunción de lo silvestre y lo doméstico en la memoria que constituye su sustancia vital, del deslumbrante poema en prosa «Mi futuro estado vegetal».

Una fusión con la naturaleza que nos recuerda al Vicente Aleixandre de *La destrucción o el amor* convocando al ser a una comunión amorosa plena con todos

los elementos o fuerzas animadas o inanimadas del mundo, una fusión cósmica que solo en la muerte es posible. Porque solo muriendo, parafraseando un verso de «Unidad en ella», siente «los hermosos límites de la vida». Esta idea la refleja Yapci, por ejemplo, en otro espléndido poema en prosa, «Vocación»: «Redondearnos con la tierra y sus imanes de paciencia, concebirla abrazándonos [...] como ese espacio, ese agradecimiento circundante, en el que abrir los ojos verdes, pujanza y quemadura, halo ígneo». O en «Contraste», donde el doble juego conceptista del título adquiere pleno sentido en forma de una especie de sagrado pacto de sangre entre cuerpo y naturaleza: «Cuanto creí acabamiento en el diálogo entre el paisaje y mis arterias resultó lo contrario, constancia de pulmón ensanchándolo todo en su pujanza, sagrada levadura. En fin, acabamiento, mi propia perplejidad, cerrándome en mí mismo, artífice de mí».

Hay, pues, en *Acabamiento* una identificación con todo lo viviente, con todo lo creado, con el mundo sensorial como puerta hacia ese mundo de transparencia y sonoridad consumada, ese «salvaje corazón sonante» de la cita inicial que se esconde en la hondura insondable. En lo perecedero, lo corpóreo, se abren los caminos que nos llevan al latido primigenio, como la higuera del poema «Dualidad complementaria» a la que llama «guía de la sustancia antecesora».

Este viaje a tientas hacia el otro lado de las aguas lo construye Yapci con precisión asombrosa sobre un exquisito y consistente entramado de elementos simbólicos: la piedra blanca del ser a la que el mar o la muerte cincelan; los pájaros de la inocencia, mensajeros de la revelación; la ruina como abrazo materno en que se apoya para el encuentro de la esencia original; la higuera que «de todo se despoja y así es más; densidad de existencia que se adentra»; las estrellas del otro lado de la infancia, en cuyo telar se hila la verdadera luz; las aguas regeneradoras; los cuchillos del olvido que abren el presente con sus filos de constancia; las viñas de la paciencia en donde cuaja la ebriedad venidera; la nieve, el blanco del origen en que culminará la búsqueda de la existencia, en que se hallará la plenitud del sentido».

Precisamente hacia el final del libro, a través del motivo de la nieve, nuestro poeta parece tender la mano a Antonio Gamoneda cuando en su *Libro del frío* clama: «No mueras más en mí, sal de mi lengua. / Dame la mano para entrar en la nieve». Al final del desasimiento, llega la apropiación definitiva del ser, la claridad suma. Así dice Gamoneda en el poema que cierra aquel libro: «Amé las desapariciones y ahora el último rostro ha / salido de mí. / He atravesado las cortinas blancas: / ya sólo hay luz dentro de mis ojos». Y así Yapci, como secundándolo, en su poema en prosa «Volverás a la nieve»: «Volverás a la nieve, al otro lado, y enterrarás las causas en silencio. Volverás a la nieve y a tu cuerpo».

No he citado a la ligera a un maestro como Gamoneda, porque en *Acabamiento* —situado en las antípodas de la ramplonería dominante en el panorama poético-mediático actual— su autor nos devuelve al cuerpo luminoso de nuestra mejor tradición literaria, tanto en las formas como en los temas: aquí están las raíces populares y cultas de la décima, tan entrañada en nuestro poeta fuencalentero, teñida, como en los otros metros clásicos —sonetos, octavas reales, silvas— que domina a la perfección, de resonancias de los autores de los Siglos de Oro: desde la reflexión filo-

sófico-existencial de Quevedo y Calderón, al despojamiento místico de santa Teresa pidiendo la muerte que ha de darle la vida, ese perder la vida que nos lleva a la posesión plena. Desde el Romanticismo de su sentir desbordado, el «siento, luego existo», proclamado por nuestro amigo en su libro *Autocosmos*, al Surrealismo que, en su poesía, —citando también de *Autocosmos*— hace danzar al «yo onírico sobre la cuerda del funámbulo», pasando por el Simbolismo hasta llegar a los referentes líricos del paisaje y los ejes temáticos de la literatura canaria, que Yapci hace suyos con una maestría que nos cautiva. Diría que hay en su voz un clamor de vanguardia matizado por un dejo de armonía clásica, especialmente entonado en sus poemas en prosa, que dotan de una enorme robustez a su estilo.

En esta inmersión sin concesiones en la tradición para penetrar en el sentido de la condición humana a la que nos empuja Yapci al asomarnos a sus versos, el yo «desprevenido lector» se ve de pronto zarandeado por una palabra rotunda, percutora, un verbo contenido, pero desatado a la vez en una marejada insaciable que exige al ojo transeúnte desintegrarse para ser. En el desvanecimiento que nos produce el choque con las aguas, en la exigencia de esa voz que nos obliga a desfondarnos en la apnea hacia la hondura, nace un silencio revelador, como el de ese instante de calma entre ola y ola que deja entornadas las puertas de la percepción.

En su poema «Del blanco al son», la poesía, la música de las palabras se ve como un refugio contra el vacío de la inexistencia. Y es que para Yapci Bienes la literatura debe «atrapar el resplandor, el germen de los automatismos absolutos, y ponerlo a girar todo como una invitación al que interpreta para que funde su cosmos personal. La obra debe ser algo autosuficiente, pero ha de abrir la puerta al nuevo cosmos». Un «cosmos alternativo [...] de sílabas maternas (...) de relámpagos que fundamenten la posibilidad de la utopía». A esa utopía, a su atisbo más certero a través de la palabra poética, nos acerca Yapci con su *Acabamiento*. Lancémonos a margullo en él.

RICARDO HERNÁNDEZ BRAVO